



www.loqueleo.com/es

© 2005, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-044-2

Depósito legal: M-37.846-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: agosto de 2018

Más de 15 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Una (estupenda) historia de dragones y princesas (... más o menos)

Jordi Sierra i Fabra

Ilustración de cubierta de Xan López Domínguez

loqueleg

Prólogo

*De cómo se ve el arranque y principio
de la famosa leyenda del dragón y la princesa,
tantas veces loada en crónicas y tratados
del Viejo Reino.*

En un tiempo remoto en el que la vida era muy distinta, y la magia una realidad, el Viejo Reino permanecía escondido, al amparo del resto del mundo, colgado entre montañas tan altas que rozaban el cielo.

Para muchos, más allá de esas montañas, el Viejo Reino era una leyenda, un imposible, pues nadie creía que pudiera existir la vida al otro lado de aquellas cumbres inaccesibles. Para los habitantes del Viejo Reino, la leyenda era precisamente cuanto pudiera hallarse al otro lado de las montañas que les rodeaban y protegían, porque nadie se atrevía a rebasar sus cumbres y mucho menos a tratar de perderse en un confín remoto del que solo hablaban los Libros del Origen. Según ellos, un día, a los valles y lagos del reino llegó un grupo de hombres y mujeres que iniciaron la vida y crea-

ron un hogar en aquel paraíso protegido y oculto. De eso hacía...

8 Las cumbres, picos altos y nevados en los que las nubes se detenían casi siempre sin atreverse a rebasarlas, formaban un círculo en torno a los siete valles y los nueve lagos. Repartidos entre ellos crecían los cuarenta y nueve pueblos distantes, como mucho, dos horas entre sí. Y al oeste, en el Gran Valle de Oriñar, Gargántula, la capital, brillaba con la luz de su grandeza. Una ciudad hermosa, pacífica y tranquila, rebotante de vida y animación. Presidiéndolo todo, visible desde cualquier punto de aquella, destacaba el palacio de Atenor, majestuoso, blanco, coronando la leve colina de Isar.

Nuestra historia comienza cuando, inexplicablemente, apareció en el Viejo Reino un temible dragón que raptó a la princesa y...

—Oye, oye, espera, ¿esto va de princesas y dragones?

—Pues... sí.

—No fastidies.

—¿Qué pasa? Para algo es un cuento, ¿no?

—Sí, pero a estas alturas, en pleno siglo XXI, con el rollo de la princesita buena y el dragón malo... ¿También hay hadas?

—No.

—¿Y brujas?

—Sí, una.

—Genial, ya ves.

—Este es un libro de humor. Así que no va solo de princesitas buenas y dragones malos, ni de hadas maravillosas ni brujas perversas. Intento jugar con... Por cierto, ¿y tú quién eres?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pues... Déjame que piense. Veamos, podrías llamarme Conciencia, Buen Gusto, Sentido Común...

—Si eres mi Conciencia, mejor te callas. Si eres mi Buen Gusto, olvídame, porque sobre gustos no hay nada escrito. Y si eres mi Sentido Común... Tú no tienes pinta de sentido común.

—¿Me habías visto alguna vez?

—No.

—¿Entonces?

—¿Desde cuándo mi Sentido Común lleva el pelo de color rojo con mechaz azules, la oreja llena

de pendientes, un *piercing* en la nariz, otro en la barbilla y un tercero en el ombligo, ese tatuaje del brazo, collares, pulseras y el móvil en el bolsillo?

—Puestos a adoptar formas... Soy un Sentido Común muy común, y al día. Tope. Cosa que tú ya no puedes decir.

—Pero si hasta ahora...

10

—Precisamente: hasta ahora nunca me habías necesitado. Te bastabas solito. Pero es que viéndote escribir esto... Ya tienes 55 años, ¿vale? ¿A ti te parece que a estas alturas puedes salir con un cuento de princesas y dragones?

—¡Quieres callarte y dejarme escribir! ¡Ya te he dicho que es un libro de humor, con muchas sorpresas, pero por fuerza el arranque ha de ser... clásico!

—Claro, y los pobres niños y niñas que lo lean... bostezando de buenas a primeras.

—No, porque en la segunda página ya...

—¿Y quién se va a leer la segunda página si la primera es un muermo? ¿A quién le importa la segunda página? ¡Los libros hay que arrancarlos a toda mecha!

—¡Pero bueno!

—Si lo digo por tu bien, que conste.

—Quiero hacer un libro original, divertido, diferente.

—Eso, véndeme la moto. Y con qué me sales. ¿Original, divertido y diferente? ¡Como todos!

—Pero este sí lo será. Le daré la vuelta a un clásico de princesas y dragones.

—¡Huy, qué progre!

—¡No te metas conmigo!

—Es que esto es una cursilada, qué quieres que te diga. Los cuentos de princesas y dragones ya no se llevan.

—¡Tú qué sabes lo que se lleva!

—Haz algo de ciencia ficción, caramba. Una novela ciberpunk y todo ese rollo. Igual te la compra Spielberg o Lucas, y ya está.

—Ya está ¿qué?

—Forrado.

—Yo soy un artista, no quiero...

—Íntegro, sí, pero práctico... A ver, vayamos a lo que importa, ¿la princesa vive todavía en casa de sus padres?

—Claro. En el palacio real.

—O sea que no estaba emancipada.

—¡Las princesas no se emancipan! Y menos en un cuento que pasa en un reino muy remoto y en un tiempo en el que la magia...

—Mira qué bien: una princesa que sigue en casita, comiendo la sopa boba, sin dar un palo al agua y viviendo en una torre. Porque vive en una torre, claro.

12

—¡Sí!

—Prepárate para lo que dirán las feministas.

—¡Pero si yo...!

—Dale un toque de modernidad, tío.

—¿Qué toque de modernidad?

—Pues... haz que trabaje en una tienda de ropa, y que tenga un novio músico, y que la secuestre un grupo de radicales extremistas.

—¿Te crees que esto es una película de Hollywood? ¡Te repito que es un cuento infantil!

—Pobres niños.

—Bueno, ya está bien. ¡Cállate!

—Princesa, dragón, rey, bruja... Ya solo falta el caballero andante que vaya a rescatarla.

—¡He dicho que te calles!

—No eres nada positivo.

—¿Ah, no?

—No. No aceptas las críticas.

—Esto no son críticas. Y además, el libro lo firmo yo.

—Te vas a cargar todo tu prestigio.

—Si sucede, es cosa mía.

—¡Y un jamón! Yo vivo contigo, formo parte de ti. Lo que te pase me afecta. Recuerda la depresión de hace unos años.

—Eso fue un accidente.

—Ya. Pues te dio fuerte.

—Mira, escribiré el cuento, A) como me salga de las narices, que para eso soy el escritor, y B) pasando de ti y de tus opiniones. No voy a hacerte ni caso. Cuando acabe el libro puedes comentar lo que te parezca. Como ya estará hecho, no voy a tocar nada.

—Hombre, eso me parece bien.

—¿El qué?

—Que me dejes opinar, libremente, al margen de lo que escribas. Por lo menos podré decir lo que pienso.

—Mientras no me des la vara...

—Tú haces el ridículo y yo le pongo sentido común al tema.

—Repito: mientras no me des la vara, haz lo que te dé la gana.

—Hecho.

—¿Ah, sí?

—Ya veo que no vas a hacerme caso, por lo tanto acepto el acuerdo.

—A ver, a ver, ¿qué acuerdo?

14

—Tú escribe. Yo no te molesto. Pero mis pensamientos serán libres, y mis apreciaciones también. Las iré expresando a medida que tú le das a las teclas. Luego dejamos que el público decida.

—¿No vas a incordiar-me a cada momento, en serio?

—Palabra.

—¿Ni me interrumpirás o discutirás lo que hago?

—Tú, a lo tuyo.

—En ese caso... Vale, ¿puedo seguir?

—Sí, sí, adelante. Es tu libro.

—Gracias.

—Pero que conste que...

—¡...!

—Me callo, me callo.

Nuestra historia comienza cuando, inexplicablemente, apareció en el Viejo Reino un temible dragón que raptó a la princesa y se la llevó a las profundidades de la Garganta de Ozcor. Nadie sabía de dónde provenía aquella bestia. Nadie había oído hablar nunca de dragones en el Viejo Reino. Pero los que lo vieron, o creyeron verlo desde entonces, contaron mil versiones distintas de su aspecto, su forma y sus poderes. ¿Tenía dos ojos de color amarillo capaces de hipnotizar o tres ojos rojizos y espectrales que convertían en una roca a quien los mirase? Lo que presidía su frente ¿era un enorme colmillo o un cuerno dorado? ¿La cola medía realmente diez metros? Y sus fauces, ¿tenían tantos dientes como aseguraban? (¿Qué? ¿No expulsaba fuego por la boca?). ¿Y lo del fuego que expulsaba por la boca? (Vale, ya me parecía a mí. En los cuentos todos los dragones expulsan fuego por la boca, como si dentro tuvieran un horno. Mi escritor no iba a ser menos. ¿Y hay quien se lo cree?). De la noche a la mañana, a raíz del rapto de la princesa (¿a que la llama Brunilda?), la paz huyó del Viejo Reino. Todos sintieron la presencia del miedo en sus corazones, algo nuevo en ellos, tan

desconcertante como dañino. Si un dragón andaba suelto, no era como para tomárselo a broma. Por lo tanto, el rey no tuvo otra solución que prometer la mitad de su reino y la mano de su hija al valiente caballero que pudiera rescatarla.

Ese fue el comienzo de todo. (¿Y la princesa qué, cómo se llama?).

16

Aquella mañana, correspondiendo al llamado del rey, se presentó en palacio un solitario pretendiente. (¿Casualmente guapo?).

Y lo que pasó a continuación... (En fin, allá vamos. ¡Que os sea leve!).